S

iempre que nos planteamos cómo deberían ser nuestras instituciones tenemos el riesgo de ser muy ambiciosos o muy pesimistas. Si lo primero, deseamos instituciones de tan gran cobertura y efectividad, que la cruel realidad se encarga de mostrarnos como imposibles. Si lo segundo, terminamos asumiendo que nada podemos cambiar o mejorar, lo que evidentemente no es cierto. La verdad es que paso a paso, lenta pero constantemente, se logran grandes cosas, cuando se tiene la fuerza de carácter para buscarlas hasta alcanzarlas.

En el mundo actual, los procesos necesitan líderes y estos medios de comunicación. El mensaje debe llegar a muchas personas, para incitarlas a obrar según se les plantea. Siempre ha habido y habrá personas dispuestas a hacer las cosas bien, aunque en algunos momentos nos parezca que el egoísmo nos invade y solo pensamos en nosotros mismos.

Muchos piensan que para lograr partidarios o simpatizantes hay que desdecir de los demás. Esta es una estrategia que termina generando odio hacia los hermanos. Lo que hay que hacer es mirar hacia el futuro y aferrarse a él. En la profesión contable se han sostenido descalificaciones por más de 60 años, sin resultados tangibles. Sencillamente, más del 90% de los profesionales viven alejados de esas discusiones, trabajando en sus empresas, sin acercarse a los gremios, involucrados en situaciones agobiantes.

La contabilidad no necesita ser mercadeada a las empresas, pues el sentido común muestra la necesidad de llevar cuentas. Las leyes exigen muchas veces complejidades innecesarias. Varias entidades no participan en el mercado de capitales, ni en el de valores ni en el de créditos, por lo que su contabilidad debería ser principalmente orientada a la gestión. Cuando el legislador altera las cosas y decide que la importancia de la contabilidad es permitir la liquidación de tributos, hace un gran daño social, como en Colombia. Nos gusta mucho el modelo de los países en los que la contabilidad tributaria se ha desarrollado independientemente, con muchas versiones, desde muy simples hasta muy complejas, según las características de los contribuyentes.

Creemos, como nuestros maestros, que todos deberíamos conocer de contabilidad básica, asunto que deberíamos aprender en el bachillerato y luego practicar toda la vida. Sin duda, la teneduría debe seguir siendo libre, más aún en un mundo altamente sistematizado.

De la misma manera todos deberíamos conocer los fundamentos de la economía, esencial para el entendimiento del mundo moderno. Muchos no tienen criterio para distinguir entre los males de las doctrinas y la maldad de los hombres. Las aspiraciones de la comunidad deben concebirse con la ayuda de la política, ciencia de lo factible y lo conveniente.

*Hernando Bermúdez Gómez*